

Bullían en la mente de Mercedes algunas ideas negras cuando procuraba explicarse la causa de aquel malestar moral, y se desesperaba de no encontrar ninguna explicación profunda; no se atrevía por otra parte á hacer á nadie esta confidencia, porque ni ella misma hubiera querido decírselo.



CAPÍTULO IV.

De como se carga en un matrimonio una batería de Buntzen, para cuando se necesite.

MERCED estaba un día sola y entregada profundamente á sus meditaciones; y aunque en la apariencia estaba afanada confeccionando tapetes y curiosidades de manos, el hecho era que aquella laboriosidad no era más que el pretexto para concentrarse, entregándose de lleno á sus ideas y tristes elucubraciones.

Cárlos estaba fuera de casa.

Merced se encontró de repente frente á doña Rosario, y se estremeció

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
vol. 1625 MONTERREY, N.M.

como el que sale de su ensimismamiento, en seguida sonrió con alegría al parecer, pero al abrazar á su madre, sintió que se le salían las lágrimas.

Doña Rosario sintió estas lágrimas rodarle por el cuello y un mundo de palabras se le atoró en las fauces.

Madre é hija quedaron en silencio por algún tiempo, al cabo del cual, doña Rosorio le preguntó á Merced con voz calmada.

—¿Qué tienes?

—Nada.

—¿Porqué lloras?

—Me dió gusto ver á usted.

Doña Rosario con esa lógica que podemos llamar de madre, pensó: luego estaba sufriendo—y agregó:

—Pero además del gusto que te ha dado verme, ¿que tienes?

—Nada.

—No eres feliz, dijo con seguridad doña Rosario.

Merced no se tardó mas que un segundo en contestar, pero en este segundo cabía un *no*, que doña Rosario se encargó de colocar.

—Sí, soy feliz, nada me falta, mi marido es muy bueno; me dá gusto en todo, me colma de obsequios y se porta admirablemente.

—Entonces....

—Los extraño á ustedes mucho, y como creo que todavía me guardan rencor porque me casé...

—No seas ligera para hablar, ¿qué es eso de rencor? uno es que no estemos conformes con las ideas de tu marido y otro es que te guardemos rencor; ¿rencor por qué? lo sentimos, es cierto, pero tú no tienes la culpa. Con que... entremos á cuentas, ¿Tú marido es celoso?

—No señora.

—¿Y tú?

- Tampoco.
—¿Tiene mal genio?
—No, al contrario.
—¿Tienes muchas visitas?
—Algunas.
—¿Quiénes vienen?
—Con frecuencia, nadie.
—¿Nadie?
—Solo Perez.
—¡Ah!
—Pero Perez y nada, es lo mismo.
—¿Gastas mucho?
—Menos de lo que quiere Carlos.
—¿Ahorras?
—Sí, tengo ya llena mi alcancía.
—Los negocios de tu marido, se han puesto malos?
—No, al contrario; vá á comprar otra casa.
—Habrás visto cosa más rara! ¿pues por qué lloras?
—No le he dicho á usted, que por-

que echo de menos á mi familia? Usted no quiere venir y se me pasa ya hasta una semana para ver á los de mi casa.

—Eso es conveniente; porque ya sabes que no estando conformes en ideas, (te ha dicho tu marido) lo mejor es estar léjos, dijo doña Rosario recalando las palabras.

—Pero no tanto que no pueda contar con usted para nada.

—Me necesitas?

—Como siempre.

—Bueno, bueno; siguesiendo buena hija, y si esto es así, entónces ten por seguro que alcanzarás el consuelo que apeteces; vamos á ver ¿desde cuando no te confiesas?

—Desde que me casé.

—Pues ahí está todo! ¿Y así te estás devanando los sesos por encontrar la causa de tu tristeza? ¿qué más motivo quieres que el de no estar bien con

Dios? pues, como dice muy bien el señor cura: «el pasto del alma, el pasto del alma.» Pues, la cosa es muy sencilla; ofrécele una comunión á la Purísima Concepción de María y verás como te tranquilizas, porque esa tristeza y esas lágrimas no son más que avisos del cielo, para que no abandones tus prácticas religiosas, y para que te libres del contagio de las ideas modernas.

—Pero, es que Carlos no quiere que me confiese.

—Y qué tenemos con que no quiera. ¡pues no faltaba mas! en su conciencia de uno nadie manda.

Qué no quiere que te confieses? pues se le engaña; se hace sin que él lo sepa.

—Pero esa es una falta.

—Qué disparate! ¿falta, cuando se trata de la salvación de tu alma? No

señor, estás en un error; esto no es una falta; yo ya le tengo consultado ese punto al señor cura y me ha dado su aprobación; me ha dicho que en nada debe uno engañar á su marido; pero que en siendo para una cosa buena sí se puede, y qué cosa mas buena que cumplir con la Iglesia? porque tu marido será dueño de tí; pero no tiene derecho de exijirte que te condenes; que con el infierno no se juega, y tú no estás exenta de un ataque violento, de un mal parto, en fin, de cualquier cosa; y quedarás lucida con morir en pecado mortal, sólo porque el ilustrado del señor D. Carlos tu marido, no quiere que te confieses. ¡Pues estaba bonito el mundo! no señor, tú te puedes confesar sin decirle nada á tu marido, porque esas son cosas de la conciencia y la conciencia es una cosa muy sagrada.

—Pero, está usted segura de que no cometo una falta engañando en esto á mi marido?

—Te digo que no; y sobre todo, tú puedes cerciorarte. El domingo hay función en Jesús María, allí confiesa el padre Martinez; te acercas y le haces la consulta, si estás conforme allí mismo le *desembuchas*: ya el padre Martinez te ha confesado y sales de una vez de ese negocio, y en un día de la semana veré al padre procurador para que él mismo te dé la comunión en el altar de la Purísima, aunque tenga yo que mandar decir la misa; ¿conqué estás conforme?....

—Está bien, así lo haré.

Doña Rosario se fué contentísima y realmente consolada en el fondo, porque le parecía que acababa de hacer una buena obra procurando la salvación de su hija.

—Qué te parece lo que he hecho? le dijo á Don Pedro María tan luego como llegó doña Rosario á su casa. Ya la catequicé.

—A quién?

—A Mercedes:

—Para qué?

—Para que se confiese.

—Cómo?

—Va á ofrecer una comunión á la Purísima.

—Es posible?

—El Domingo.

—Y Carlos?

—No lo sabe.

—Pero muger..... no vayas á descomponer.....

—No, que descomponer; todo se vá á hacer con el mayor sigilo..... pero están tocando..... es el padre Martinez.

—Dios lo envía á usted, padre Martinez.

—Vaya! pues viniendo de parte de mi amo y señor seré bien venido.

—Y como que sí!

—Qué le ha sucedido á usted que está tan alegre doña Rosario?

—Cómo qué? la salvación de mi hija.

—Cómo es eso!

—Vuélvase usted todo orejas, padre Martinez, el Domingo próximo, quiere decir, pasado mañana se me planta usted en un confesionario de Jesús María.

—Y qué hago allí?

—Espere usted; se me planta usted allí desde las siete de la mañana.

—Pero, si yo digo misa de ocho en la Merced.

—No le hace, se me planta usted en el confesionario.

—Y bien, qué hago?

—Espera usted á que llegue mi hija Merced, que quiere hacerle á usted una consulta.

—Ave María!

—No se alarme usted; le vá á preguntar si puede confesarse sin que lo sepa su marido.

—Pues ya se vé que puede.

—Bueno! pues como eso es lo que usted le ha de contestar, acto continuo, su acto de contrición, y á *desembuchar* sin pérdida de tiempo: yo creo que será obra de pocos minutos, porque ¿qué pecados vá á tener mi hijita tan buena? en seguida, le echa usted la absolución y me la deja en disposición de comulgar el lunes.

—¿Y eso es todo?

—Ya vé usted, padre Martinez, que no es un gran sacrificio.

—¡Ya se vé!

—¿Conque estamos arreglados?

—Sí; pero me dá usted chocolatito del de la otra noche.

—¿Le gustó á usted?

—Estaba delicioso.

—Allá le mando á usted las libras que me quedan.

—No lo decía por tanto; un pocillito, un pocillito nada más para tomarlo en compañía de ustedes.

—Pues pocillito y libras.

—Acepte usted, padre; acepte usted, dijo D. Pedro que había estado abriendo la boca hacía rato: en recibir no hay engaño, padre Martínez. Ya verá usted que desplumada le doy esta noche en el tresillito.

—Es usted chambón, D. Pedro.

—Ya veremos.

—¡Qué bueno es el padre Martínez! pensó doña Rosario, dirigiéndose á la cocina para hacerle personalmente el chocolate.

Doña Rosario hizo todavía al día siguiente una visita á su hija para asegurarla en su propósito, y quedó defi-

nitiva y solemnemente pactado que Merced saldría antes de las siete de su casa, y que se confesaría con el padre Martínez en Jesus María.

A Merced, no obstante la preocupaba la idea de engañar á Carlos, y como era la primera vez que iba á desobedecerlo, procuraba disimular lo mejor que le era posible.

Cuando llegó Carlos encontró á Merced muy alegre.

Carlos se sorprendió agradablemente.

—Me ha dado mucho gusto verte, le dijo Merced.

Carlos le hizo una caricia.

Merced estuvo locuaz en la comida y como más comunicativa, al grado que Carlos empezó á reprocharse interiormente haber vacilado alguna vez acerca de su felicidad.

Merced se había admirado del resul-

tado de su disimulo por su primer engaño: veía á Carlos tan contento, tan cariñoso, que se sorprendió ella misma de su facultad para ocultar algo.

—¡Qué ajeno estará, se decía, de que lo estoy engañando! ¡lo que son los hombres! ahora es cuando él está más seguro de mí, precisamente cuando tengo algo que ocultarle. Yo no me perdonaría esto, si se tratara de otra cosa; pero se trata de una cosa buena, de una cosa santa, de confesarme, de ser buena cristiana y esto me tranquiliza.

Carlos, á su vez, no sabía que hacer con Merced: su cariño había recibido un nuevo impulso.

—¡Qué ligero he sido, pensaba, al creer que Mercedes me ocultaba algo! Esa tristeza y el estarse callada largos ratos, no era más que apariencia engañosa. Gracias á Dios que se me ha quitado esta idea, que era un peso que me atormentaba.

El sábado llegó Carlos más temprano que de ordinario, y detrás de él venía un mozo cargando unos bultos.

—¿Qué traes? le preguntó Mercedes.

—Cajas cerradas.

—¿Para quién?

—¿No lo adivinas?

—No.

—¡Ah!..... pues ábrelas.

—Tu tienes la llave.

—¿Yo?

—Sí.... aquí, en los labios.

Y Merced puso los labios para que se los besara su marido.

En seguida se abrieron las cajas.

—¡Otro vestido! exclamó Merced ¡y otra manteleta!

—¿Qué tal?

—Es hermosísimo.

—Para el domingo.

Merced se puso colorada.

—He aquí mi programa, continuó Carlos, y mi programa sin apelación.

Merced creyó que debía no ver de frente á Carlos y le dijo:—Siéntate;— con objeto de apartarse un poco de la luz.

—La familia de Donceles, dijo Carlos, cuando ya se habían sentado, tiene un día de campo el domingo en su casa de San Angel, porque es el cumpleaños de una de las muchachas y nos han convidado. ¿Qué tal?

—¿Día de campo?

—Y estará espléndido. Ya lo ves, ese vestido es para el domingo.

—¡Qué bueno eres!

—Con que el domingo á las siete de la mañana.

—¿A las siete? preguntó Merced acordándose de la intriguilla.

—Sí, á las siete viene el coche por nosotros.

—Es muy temprano.

—¿Para ir al campo?

—No, pero para disponerme....

—Todos los días, á las seis ya estás lista.

—Sí, pero...

—No hay pero, te pruebas el vestido para prevenir alguna demora.

—Pero... el domingo.

—Nada tienes que hacer.

—Vienen visitas.

—¿A las siete?

—No, pero hay que esperarlas.

—Yo les mando avisar; ¿á quien esperas?

—A mis primas.

—Pero si tus primas van á San Angel.

—¡Ah! entonces... está bien...

Mercedes se quedó pensativa.

—¿En qué piensas?

—En que realmente es muy temprano.

—¡Ah! pues si te fuera muy molesto, dijo Carlos picado.

—No, molesto no...

—Realmente las siete es muy buena hora.

—Dices bien, dijo resueltamente Mercedes, viendo que no tenía remedio.

—¿Con que estarás lista? Ya sabes que allá son muy exactos, y me he comprometido solemnemente.

En la noche, Carlos estaba tan complaciente que invitó á Mercedes á ir á la casa de D. Pedro María.

Mientras Carlos estaba en la sala con algunas visitas hablando de política y generalidades, Mercedes doña Rosario y dos tías, formaban un grupo en una recámara á oscuras.

—Pues no tiene remedio, decía doña Rosario; El padre Martinez te espera, y si no se aprovecha la ocasión, esto se queda en tal estado y será una lástima.

—Me ocurre una idea, dijo una tía.

—¿Cuál?

—Que se quede aquí Mercedes.

—¿Con qué pretexto?

—Dios me libre, dijo Mercedes.

—Al fin, es por tu bien.

—Que se finja mala.

—Eso es, dijo doña Rosario, le diremos á Carlos que tienes un dolor y que aquí te quedas; mañana temprano sales, te confiesas, y te vuelves á tu casa; todo será una demora de una media hora, y ¿qué mas dá que vayas al día de campo media hora después? vale la pena de hacer este sacrificio por conseguir el resultado de que te pongas bien con Dios; mira que hasta he mandado componer el altar de la Purísima y tambien van á ponerse ese día unos ramilletes blancos y azules, los ornamentos serán tambien blancos y azules y acá todos nos vamos á vestir

ese día blanco y azul; con que ¿qué te parece?

Mercedes vacilaba.

—Yo resolveré la cuestión, dijo una tía, muger como de cuarenta años que la echaba de espeditiva y lista.

—Entró á la sala y dijo á D. Pedro María de modo que lo oyeran todos:

—¿Tiene usted en su botiquin una poquita de manzanilla, Sr. D. Pedro?

—Cómo? qué?... para quién?... quien está enfermo? qué se ofrece?... á ver á ver.

—No, no es nada, dijo la tía, es un dolor que le ha dado á Merceditas.

—¡Ave María Purísima! voy por la manzanilla.

—¿Qué ha comido? preguntó uno.

Cárlos pidió permiso para entrar: la otra tía que todo lo estaba observando

se paró en la puerta y al ver llegar á Cárlos, le manifestó que estaban curando á Merced.

Doña Rosario que oyó hablar á Cárlos, le dijo á Merced:

—Quéjate.

—Merced tenía que elegir entre poner en ridículo á su familia, ó engañar á Cárlos, y optó por quejarse dolorosamente.

Se prepararon algunas drogas que doña Rosario se encargó de hacer desaparecer, y se desempeñó por doña Rosario y las tías el más verosímil de los sainetes.

Después del dolor vino el sueño y el silencio. Cárlos oyó las dos de la mañana, esperando el resultado; pero se le aseguraba que Merced seguía durmiendo y que otra vez que la habían despertado había vuelto á enfermarse.

Al fin consiguieron que Cárlos se marchara; y las viejas triunfantes aseguraban haberle quitado una presa al diablo al menos por el pronto.



CAPÍTULO V.

Chucho el Ninfo hecho pollo.

YA había trascurrido largo tiempo después de los acontecimientos que acabamos de referir, cuando una circunsancia inesperada vino por casualidad á reanudar el hilo de esta historia, sirviéndonos dicha circunstancia de abundante materia, con agradable sorpresa nuestra.

Estábamos en el teatro Nacional, y nuestras miradas recorrían las localidades, pasando esa revista de que no se puede prescindir cuando se encuentra